

El Centro Nacional de Cultura

Los españoles de hoy ven Portugal con los ojos con los que los franceses de siempre han visto España : Ojos de hermano mayor, ojos de los que estan de vuelta, ojos a los que la solicitud profesada y la preeminencia vivida confieren una superioridad desde la que las comparaciones no pueden ser nunca adversas.

Para los españoles de mi generación, en cambio, Portugal ha sido tierra de descubrimiento, país pionero en tantas cosas : los lujos del progreso, el escudo fuerte, una sociedad tolerante, el hedonismo dulce, una dictadura discontinua y permisiva, la experimentación sin sobresaltos. Portugal avanzadilla, a donde había que ir para estar un poco más al día, Paris sin Paris y sin arrogancia, donde asistir sin recelo a un seminario crítico en la Universidad de Coimbra, ser llevado por un amigo a un salón lisboeta en el que se oían cosas, o recorrer en grupo y sin mirar atras los cafés de Porto era para un joven inconformista español de los 50 entrar en la modernidad. Sin olvidar Estoril donde estaba el rey de los juanistas y las librerías de Lisboa que permitían asomarse al mundo con mucho más respiral que en Madrid.

Portugal, santuario de la democracia española, donde a pesar de Salazar de Caetano y de los pactos ibéricos veníamos a buscar complicidad e impulso para conquistar solidariamente nuevos espacios de libertad. El **Centro Nacional de Cultura** fué durante los largos años de la difícil y exaltante marcha hacia la democracia un ámbito al mismo tiempo abierto y protector, un referente esencial. Tomando pie en distintos soportes - en la década de los sesenta la útil y ambigua **Asociación por la libertad de la cultura** -organizabamos seminarios, coloquios, encuentros en un ir y venir, estimulante y problemático, a veces con nuestros pasaportes a veces con otros, entre Lisboa, Madrid, Roma, Barcelona, Paris. Debates interminables sobre la posibilidad/imposibilidad de cooperación entre las fuerzas del trabajo y de la cultura, escritos acidos..